

La vigencia actual del pensamiento de Keynes: a 100 años de *El fin del Laissez-Faire*

Entrevista al Lic. Eduardo Antonelli



¿Qué proponía Keynes y por qué existe un rechazo en algunos economistas a sus ideas, particularmente en el caso del Presidente Milei?

John Maynard Keynes veía, en su tiempo, que existía una convicción casi religiosa entre los políticos y economistas a favor del sistema de libre mercado sin injerencia del estado, denominado "Laissez-faire". Pero advertía que ese esquema, trasladado al funcionamiento de las economías, generaba también problemas, y su empeño era preservar la democracia liberal y el propio mecanismo de mercado, matizando las posiciones extremas de los partidarios del Laissez-faire.

¿Qué es el "Laissez-faire"?

El Laissez-faire (dejar hacer) fue la doctrina económica imperante a lo largo del siglo XIX entre las naciones de mayor desarrollo, particularmente en Gran Bretaña. Esta doctrina prescribía la prescindencia del estado en la economía, considerando que el mercado proporcionaba las mejores respuestas a los problemas de las sociedades, en tanto la intromisión de los gobiernos, se sostenía, y no podía hacer nada más que complicar las cosas.

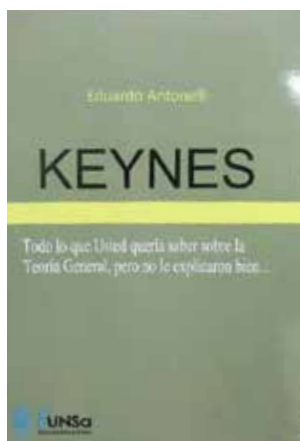
¿Qué es El fin del Laissez-faire?

El fin del Laissez-faire es un artículo emergente de sendas conferencias

brindadas por Keynes en Oxford, Reino Unido, en 1924, y en Berlín, Alemania, en 1926. En estas conferencias, Keynes destaca que la organización de las economías bajo el esquema del Laissez-faire se había agotado al provocar, bajo este paradigma, una gran creación de riqueza. Pero extinguirla con no menos facilidad en ocasión de presentarse las crisis económicas, cada vez más frecuentes, intensas y destructivas, generadoras de caída del PBI y desempleo. A su turno, y al mismo tiempo que criticaba el régimen de Rusia luego de la revolución de 1917, Keynes sostenía que debía darse paso a una organización donde el estado tuviera más presencia, especialmente en su capacidad de advertir la inminencia de estas crisis y contrarrestarla, o, mejor aún, evitarlas.

¿En qué se basaba Keynes para sostener estas ideas?

Keynes era un agudo observador de su época, y advertía las consecuencias de los errores de diseño de la política económica (o de su inexistencia, dadas las prescripciones del Laissez-faire). Por ejemplo, en 1919, a poco de haber concluido la Gran Guerra en 1918, Keynes escribió un libro (*The Economic Consequences of the Peace*, en español *Las consecuencias económicas de la paz*) en el que alertaba sobre las nefastas consecuencias que tendría sobre Alemania e indirectamente sobre toda Europa, la decisión de los aliados vencedores, especialmente Francia, de exigirle a Alemania reparaciones de guerra desproporcionadas en relación a sus posibilidades de pago. Consecuencias que se apreciaron con toda su crudeza con el ascenso de Hitler



al poder en 1933 y la posterior guerra mundial entre 1939 y 1945.

Análogamente, en 1925, en oportunidad del retorno al patrón oro en el Reino Unido, que había sido dejado de lado en la Gran Guerra de 1914-1918, advirtió a Churchill a través del escrito *The Economic Consequences of Mr. Churchill* (en español *Las consecuencias económicas del Señor Churchill*), entonces Chancellor of the Exchequer, (equivalente a Ministro de Economía), sobre las implicancias negativas de su decisión. Estas advertencias se pusieron de manifiesto en la enorme deflación, caída de exportaciones y rechazo social a esa medida, que tuvo que ser revertida en 1931 con el abandono definitivo del patrón oro por parte de Gran Bretaña.

Keynes tenía un agudo sentido del rumbo económico mundial. Sin embargo, ¿no resultó apresurado que pusiera en tela de juicio el esquema del Laissez-faire cuando la gran crisis de 1929 era aún inimaginable?

Keynes tenía plena conciencia de la Revolución Bolchevique de 1917 y de los graves disturbios que se suscitaban en muchos países de Europa por el descontento del funcionamiento de la economía de mercado sin controles, que si bien proporcionaba empleo y relativa bonanza generalizada en la etapa expansiva del ciclo económico, traía también contracción económica, desempleo y frustración en las siguientes etapas contractivas, con huelgas y disturbios. Además de un cuestionamiento al orden económico y político que promovía el marxismo y las organizaciones obreras, con fuerte predicamento socialista. Keynes entendía que era necesario introducir cambios que aseguraran el buen funcionamiento de la economía de mercado (y la consolidación de la democracia liberal), el que podía obrar sin vaivenes bruscos, vale decir, con ciclos más controlados.

Keynes asesoró al Presidente Roosevelt en 1934, luego de la crisis de 1929, en relación al new deal (nuevo trato). Esto fue cuestionado por Milei, confrontando violentamente a una periodista de Metán. Para Milei Keynes fue un ignorante.

Keynes publica su *General Theory* (en español *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*), en Febrero de 1936, que representa la culminación de su pensamiento, luego de haber recorrido un largo camino ordenando sus propias ideas para ofrecer alternativas a las fallas del Laissez-faire, como hemos analizado. Sin embargo, como se señaló recientemente, sus ideas, aunque no formalizadas como lo hizo en la *Teoría General*, estaban presentes desde muchos antes, como lo acabamos de decir, al haber publicado su punto de vista con respecto a la doctrina del libre mercado absoluto en 1919, o sus señalamientos al retorno del patrón oro, en 1925.

Sostener que Keynes no podía haber asesorado a Franklin Roosevelt en 1934 porque la *Teoría General* se publicó recién en 1936, es lo mismo que negar el papel de Raúl Alfonsín en su defensa de los derechos humanos en los setenta porque alcanzó la presidencia recién en 1983.

En cuanto a la ignorancia de Keynes, cabe el refrán: “Dime de qué alardeas, y te diré de qué careces”. Por supuesto, no es obligación adherir a las ideas de Keynes, pero negarlo o atribuirle ignorancia sólo muestra la propia de quien sostiene semejante desatino.

Keynes era respetado y muy tomado en cuenta por el gobierno, al que asesoraba, y también por muchos economistas de Estados Unidos.

Efectivamente. Keynes fue una pieza clave para Gran Bretaña, especialmente durante la Guerra (1939-1945) y con posterioridad, en los Acuerdos de Bretton Woods, que conformaron el nuevo orden económico internacional, al amparo del cual y con la ayuda también del Plan Marshall salieron adelante las economías devastadas de Europa y surgieron nuevas economías como los Tigres Asiáticos.

En los últimos años Keynes pasó a segundo o tercer plano y la llamada “economía keynesiana” no es bien vista en círculos académicos, habiendo ganado preeminencia la Escuela Austríaca que propone la prescindencia del estado.

Hasta la década de los sesenta e incluso setenta del siglo pasado, el pensamiento de Keynes dominaba la Academia y el diseño de la política económica. A partir de allí, la aparición de la inflación mundial se originó en el fuerte déficit de Estados Unidos para financiar la Guerra de Vietnam. Pero especialmente el gran aumento del precio del petróleo impulsado por los países árabes productores nucleados en la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo), provocaron un salto inflacionario, que se adjudicó “al keynesianismo”.

En realidad, Keynes, aunque en su *Teoría General* incluía el tema de la inflación, este era equivalente a una nota sobre la obesidad (la inflación) en un tratado sobre la desnutrición (la depresión y el desempleo). Obviamente, Keynes no estaba allí para proponer soluciones a la inflación en el marco de su diseño teórico, y los economistas keynesianos tampoco habían explorado el problema para ofrecer soluciones. Estas fueron ofrecidas por Milton Friedman, que rechazaba en general las ideas de Keynes, con lo que se produjo en la Academia una regresión que no ha sido en general resuelta y que la Escuela Austríaca, defensora extrema del antiguo Laissez-faire no ha hecho sino agravar.

Queda flotando la idea de que, más allá de que los austríacos y los economistas fieles a Friedman no proporcionan respuestas satisfactorias a los muchos problemas aún no resueltos e incluso agravados, como el agrandamiento de la brecha de desigualdad o la inflación (e incluso, al menos en la Argentina, parecería que complican las cosas), el keynesianismo tampoco tiene algo para ofrecer.

No cabe duda de que los aportes de Keynes no fueron definitivos, como es común en la ciencia, más allá de que su *Teoría General* efectivamente proporciona un marco de análisis que, en mi opinión, permite avanzar en la búsqueda de respuestas a los muchos problemas de las economías. Sin embargo, la reacción de parte de la Academia, consistente en resucitar lo que quedó probadamente demostrado que constituyen errores teóricos, con resultados peligrosos cuando se llevan a la práctica, como el propio Keynes lo destacaba en las primeras páginas de la *Teoría General*, no le ha hecho bien a la Economía, y mucho menos a los países que experimentan estas recetas.

En efecto, la Academia tiene una asignatura pendiente (o varias, en realidad) para dar respuestas a estos problemas, lo que tal vez requeriría ir más allá de las ideas originales de Keynes para profundizarlas y mejorarlas. Aun así, es claro que retomar lo que se demostró incorrecto, como la idea de que el solo mercado lo resuelve todo, es una regresión absoluta (además de no representar teoría alguna). La disputa estado-mercado no tiene sentido, porque, como justamente Keynes lo señalaba en *El Fin del Laissez-Faire*, el estado no está para reemplazar al mercado, sino para hacer lo que nadie hace.